

18

# La Novela Americana Cinematográfica



Núm. 18

30 cts. **El solferón**

por  
Lew Cody  
Aileen Pringle  
Marcelline Day

BEAUMONT, Harry



LA NOVELA AMERICANA  
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne

Director

AÑO I

NÚM. 18

(A SINGLE MAN, 1929)

# El solterón

Divertido asunto

Interpretado por

Lew Cody, Aileen Pringle y Marceline Day



Producción

Metro Goldwyn-Mayer

Distribuida por

Metro Goldwyn-Mayer

Ibérica, S. A.

Mallorca, 220 — BARCELONA

Postal-regalo: ALICE TERRY

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona





## El solterón

*Argumento de la película*

### I

Era una habitación fastuosa... habitación de millonario.

Robín Wells, el gran novelista, acababa de levantarse.

Era un hombre que frisaba en los cuarenta y cinco, y había momentos en que parecía tener más. Era en estos momentos cuando quería cometer algún exceso de cualquier sentido. Su delicado organismo de hombre espiritual no lo toleraba. Bastaba, por ejemplo, que comiera más de la cuenta o que se arriesgara a probar el licor que le ofrecía un amigo, para que el gran novelista hubiera de pasarse un par de días sentado en un sillón o en la cama.

Envuelto en elegantes ropas caseras, se sentó al velador en que la doncella le había servido

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

el desayuno, y se dispuso a dar gusto al paladar.

Siempre desayunaba en la misma habitación. No convenía salir de pronto al fresco de los aireados salones con el cuerpo vacío.

Levantó la servilleta que cubría la bien pro-



*...y comenzó a mordisquear una rebanada de pan tostado.*

vista bandeja y comenzó a mordisquear una rebanada de pan tostado. De pronto en su rostro se reflejó una impresión de disgusto.

—¿Qué es eso? ¿No sabes — amonestó a la doncella — que las fresas me producen erupciones en la piel? ¿Cuántas veces he de decirte que no quiero fresas?

—Perdone el señor; pero las vi tan buenas...

—Las viste tan buenas, que quisiste que no lo estuviera yo. La ley de las compensaciones... ¡Pues no comeré fresas! ¡No comeré nada!

—El señor debe tomar un poco de café.

—El señor no toma nada... Precisamente me encuentro hoy un poco pesado, y esta determinación me será provechosa.

Y bajó al despacho, despacho grandioso como todas las habitaciones de la casa.

La mecanógrafa estaba ya en su puesto esperándole.

—Buenos días, señor Wells.

—Buenos días.

—¿Ha descansado usted?

—Regular, nada más que regular.

—Le tengo preparada la medicina.

—¿Cuál?

—La del reuma.

—Venga. El reuma es una cosa que hay que cuidarla.

Y se bebió el contenido del vaso que Lydia, la secretaria, le ofrecía.

La solícita secretaria era una joven con lentes y vestida sin ningún arte. No es que su presencia repeliera ni moviera a risa. Nada de eso. Pese a la falta de coquetería de su *toilette*, pese a los lentes que le daban un aspecto poco agradable de doctora, se advertía una oculta armonía en las formas y una delicada perfección en las facciones.

Estos encantos quedaban tan absolutamente velados por el descuido con que se les trataba, que Lydia no podía inspirar a nadie un afecto

que traspasara los límites de la estimación o de la camaradería.

Robin Wells sabía esto mejor que nadie. Muchos años llevaba al lado de Lydia, y siendo ella joven y soltera y él soltero y en otro tiempo joven, jamás había dedicado un pensamiento a los labios de su secretaria.

Ahora bien, como secretaria, Lydia era inseñable. ¡Qué discreción, qué capacidad de trabajo, qué seguridad, qué inteligencia! ¡Una verdadera joya!

—¿Qué hemos de hacer hoy, Lydia?

—Continuar la novela, señor Wells. Los editores la reclaman.

—Bien — dijo el novelista sentándose en un sillón, al mismo tiempo que Lydia ocupaba su puesto ante la máquina de escribir y con el cuaderno y el lápiz en la mano. ¿Dónde nos quedamos?

Lydia leyó la última cuartilla taquigráfica.

—Bien... muy bien... Escriba usted... Y... ¿cómo se llama el ingeniero?

—Guillermo.

—Y Guillermo, entre el ajetreo de...

Se detuvo. No había allí el silencio necesario para trabajar.

—Es insopportable. Así no se pueden escribir más que novelas de guerra. Vámonos al patio español. Allí habrá más silencio.

Y allá fué Lydia, con el cuaderno en la boca, el lápiz en una mano, en la otra el cojín sin el cual el señor Wells no estaba nunca a gusto, y entre los brazos la máquina de escribir.

Pero a través de una de las ventanas árabes del bello patio, el señor Wells presenció una

escena que le cortó la inspiración. El jardinero y la doncella estaban abrazados junto a un macizo, y, por lo visto, se habían dormido en la suerte.

—¡Qué indecencia! — exclamó —. ¡Abrazarse a la vista de todo el mundo!

—Perdónelos usted. Son jóvenes; se aman...

—¡Bah, bah! Dejemos eso para engañar al público que compra mis libros.

Y se fué a la ventana y dió un grito que asustó a los servidores, los cuales se fueron cada uno por un lado.

Otra vez Guillermo se quedó entre el ajetreo sin saber qué hacer.

Una doncella había llegado para decir que llamaban al señor Wells al teléfono. Fué Lydia y volvió al punto con la nueva.

—Su vecina, la señora de Cottell, dice que su hija y sus amigos desearían tomar un baño en su piscina.

—La hija de la señora de Cottell, ha dicho usted? De ningún modo. Es una niña boba insopportable.

—Piense usted que ha estado tres años ausente. Puede haber cambiado...

—En fin, sea lo que Dios quiera. Diga usted que la piscina está a su disposición.

Tuvieron que trasladarse en seguida a las habitaciones subterráneas. Allí tendrían menos oxígeno, pero más tranquilidad.

Risas y carreras les anunciaron que Maggie, la hija de la señora de Cottell y sus amigos acababan de llegar.

Pasaron como una tromba por el lado de la alta puerta del sótano, y cuando sus gritos y

sus risas se apagaron, el novelista se dispuso a continuar.

—¿Dónde estábamos?

—En el ajetreo.

—¿Y qué ajetreo? ¡Vamos... Y Guillermo...

Los ojos del novelista se fijaron en una pequeña ventana, protegida por grueso cristal que ponía una nota verde en el decorado de la pared contigua a la piscina. Tras el cristal un joven bañista le hacía guiños. Entonces se dió cuenta de que, huyendo del fuego, se había arrojado en medio de las llamas.

Aquella ventana daba al fondo de la piscina. Era uno de tantos caprichos del millonario.

—¡Nos hemos lucido! El pobre Guillermo no saldrá del ajetreo en todo el día. ¡Y nosotros tampoco!

Pero no había terminado de decir esto, cuando apareció tras el cristal el rostro de una muchacha de ojos y cabello negro, y de labios rojos y franca risa que, no sabemos por qué misterio, le hizo trocar por expresión de complacencia el gesto de desagrado.

—¡Caramba! ¡Maggie! ¡Qué transformada está!

La muchacha comenzó a hacerle guiños, que lo mismo podían tomarse por saludos que por burlas.

Después hizo pasar todo el cuerpo, estirado como un pez, por el otro lado del cristal.

—¡Caramba, caramba! La transformación ha sido completa... Perdone un momento, Lydia. He de saludar a Maggie. Es lo menos que pue-

de hacer el dueño de una casa con sus invitados.

## II

Maggie, al verle, salió en seguida del agua.

—¡Tú, siempre tan exquisito! Agradezco mucho tu generosidad al habernos cedido por unas horas la piscina.

Pero Robin no estaba para ceremonias. Miraba a Maggie de arriba abajo.

—¡Cambiadísima! ¡Cambiadísima!

—¿En bien o en mal?

—En bien. Ahora eres una niña-mujer. Antes no eras más que una niña.

Fué tan fuerte la carcajada que Maggie lanzó al oír esto, que todos volvieron la cabeza.

—¡Señores! ¡El gran novelista se está enamorando de mí!

Robin quedó un poco azorado. No sospechaba tanto desparpajo en Maggie.

Después gritó la joven:

—¡Ven aquí, Dickie! ¡Te voy a presentar al novelista del amor!

Llegó Dickie, un muchacho muy joven, muy delgado y bastante negro que demostró al punto su carácter, dando a Maggie un tremendo golpe en la nuca.

—No seas indio, Dickie. Saluda al señor Wells.

—¿Cómo está usted, señor Wells?

Le tendía la mano. Cuando el novelista fué a tomársela, hizo con ella un movimiento en tres

tiempos y la retiró, dejando a Wells con la boca abierta.

—¡Qué burro eres, Dickie!—exclamó la muchacha con cierto orgullo. —Verdad, amigo Robín, que es un cafre?

Robín vaciló.

—Así, así...

—¿Cómo así, así?—replicó el cafre. De cuerpo entero... mejorando lo presente.

Y tiró del brazo de Maggie y la zambulló a viva fuerza.

Inmediatamente, reunió al elemento femenino y lo puso al corriente de un plan diabólico que consistía en dar un baño al novelista.

—¿Con traje y todo?—preguntó una muchacha.

—¡Naturalmente! ¡No le vamos a desnudar a la vista del público!

Y, como lo pensaron, lo hicieron.

Las muchachas salieron del agua, se enlazaron por las manos, cercaron a Robín y todos cayeron al agua.

Lydia, que traducía lo escrito taquigráficamente, quedó muy asombrada al ver que tras el cristal verde aparecía el rostro del señor Wells, el cual luchaba denodadamente por volver a la superficie.

\* \* \*

A la mañana siguiente, la señora de Cottell llamó a su hija y le dijo alegramente:

—Mira lo que ha enviado para ti nuestro vecino.

Maggie tomó el ramo de flores que su madre

le ofrecía y extrajo de entre las flores una tarjeta que leyó:

*A mi encantadora vecina Maggie, con mi felicitación más sincera.*

—Sin duda has causado buena impresión a nuestro vecino, Maggie.

—Más que eso, mamá. Robín está enamorado de mí.

—Pues a ver cómo te portas. Ten presente que es millonario.

—Un millonario siempre es cosa seria.

—Debes invitarlo a la fiesta que das a tus amigos esta noche.

—Ahora mismo lo voy a hacer.

Y cogió el auricular del teléfono.

En casa de Wells, Lydia interrumpió su trabajo para acudir a la llamada.

Robín oyó cómo la secretaría decía:

—El señor Wells tiene mucho trabajo, señorita Cottell.

Pero al oír este nombre, Robín le arrebató el auricular.

—Quiero que vengas a la fiesta que doy esta noche a mis amigos—dijo la encantadora voz de Maggie.

—Tengo algún trabajo urgente para esta noche, Lydia?

La secretaria le mostró un telegrama que decía:

*Imprescindible recibir primera hora mañana cinco capítulos novela.*

*Editorial Standard."*

Robín, con un gesto de contrariedad, lanzó una disculpa a lo largo del hilo.

—No admito excusas—replicó Maggie. Sin

ti la fiesta resultaría deslucida. Tu vecinita tiene necesidad de ti.

Y dijo esto último de un modo tan encantador, que Robín no pudo menos de responder:

—Encantado, Maggie, de poder verte esta noche...

Y explicó a la mecanógrafa:

—Es imposible decir que no a esa muchacha.

### III

Cuando llegó Robín, todos los invitados de Maggie, y ésta con ellos, corrieron hacia él.

El más viejo no pasaba de los veinticinco años y los había hasta de diecinueve.

Robín se vió golpeado por cien manos, unas masculinas y otras femeninas.

Era un saludo que el novelista habría jurado que no figuraba en los tratados sociales.

—¡Me lo vais a matar! —exclamó Maggie.

Y, abriéndose paso entre sus amigos, logró coger a Robín de un brazo y llevárselo a sitio seguro, esto es, a lado de la señora de Cottell.

Con ella estaba, reponiéndose de la "bienvenida", cuando Dickie fué a ofrecerle una copa de un cocktail de su invención.

—Gracias. No bebo nunca.

—¿Quieres una naranjada? —preguntó Maggie.

—Eso sí. Las naranjadas me sientan muy bien.

Maggie fué por ella, y ya iba a llenar el vaso cuando llegó Dickie.

—Espera. Unas gotas de esto siempre es bueno para refrescar.

Y sacando del bolsillo trasero del pantalón un chata botella de whisky, casi la vació en el vaso, acabándolo de llenar de naranjada.

Wells, el desdichado, se bebió la naranjada sin respirar, echándose al cuerpo aquel cargamento de whisky disimulado con naranja.



... echándose al cuerpo aquel cargamento de whisky disimulado con naranja.

Las lágrimas le saltaron, pero disimuló. Era una vergüenza que hasta una inocente naranjada le pareciera fuerte.

En seguida notó los efectos del whisky. ¡Caramba, caramba! Le había sentado bien la naranjada. Rica naranjada.

Llamó a Dickie.

—¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

Le tendió la mano. Dickie fué a tomarla. Pero entonces, Robín la retiró haciendo tres movimientos, según la moda de la "pandilla" Magie.

—¡Estupendo!—exclamó Dickie, dándole un puñetazo en el vientre.

—¡Qué gracioso!—comentó la señora de Cottell.

Apareció entonces un criado a decir que la mesa estaba servida y todos corrieron hacia el comedor como hubieran corrido si se tratara de tomar una fortaleza.

Los caballeros, en vez de retirar las sillas de las damas, no sentándose ellos hasta que no quedara en pie una señora, ganaban el puesto saltando por el respaldo de la silla y apartando de un manotazo a la señorita que tratará de interponerse.

Pero las señoritas no se chupaban el dedo y recurrián a los más diabólicos ardides, tales como tirar de una pierna a los asaltantes o tirar de la silla en que se iban a sentar.

Cuando la calma se hubo restablecido por estar todos los puestos tomados, entraron la señora de Cottell y Robín, dándole el brazo.

Ocuparon la presidencia, respetada milagrosamente por aquellos foragidos, y, apenas se hubo dado fin al primer plato, uno de los comensales sacó del bolsillo una pelotita blanca, de goma, y la lanzó, mediante una paleta que también llevaba escondida, contra las narices del comensal de enfrente. Este sacó otra pelota y otra paleta igual, la lanzó contra el enemigo, en justa réplica. Inmediatamente, cada cual

sacó su paleta y su pelota y la que se armó en el comedor de la señora de Cottell sólo podríamos compararlo a la batalla de Roncesvalles.

El criado, en un extremo del comedor, trataba de proteger el bufete contra la lluvia de pelotas, pues acababa de colocar sobre el mármol una serie de platos en cada uno de los cuales había una croqueta blanca y redonda, preciado producto de la fantasía del cocinero.

Cuando el temporal hubo amainado, comenzó a servir el delicado manjar, pero he aquí que aun quedaba una pelota por lanzar, pelota que, por cierto, acababa de poner a prueba las narices de Robín.

Robín, alegramente, sintiéndose tan joven como todos los que le rodeaban, cogió la pelota y la lanzó con tanta fuerza, que ésta, después de chocar contra la ligera cabeza de una muchacha, botó y fué a caer sobre el bufet, en un plato vacío.

Cuando el criado volvió, se extrañó de que quedaran todavía dos platos con manjar, siendo así que sólo al señor Wells faltaba servir.

Cogió uno y lo puso delante del novelista, el cual reía aún del afortunado pelotazo que acababa de propinar.

Pero pronto dejó de reír. Al tratar de pinchar la croqueta con el tenedor, ésta dió un salto. Azorado, la cogió con los dedos y la restituyó al plato. Pero tantas veces como trató de pincharla, la croqueta saltó entre la expectación y las risas generales.

Al fin, uno de los comensales, descubrió la causa de aquella danza *croquetera*.

—Es la pelota que Robín había lanzado.

Robín entonces rió de buena gana, acompañado de todos sus amigos y el criado se apresuró a cambiar el plato del señor Wells—el cual comentaba entusiasmado el suceso con la señora de Cottell—por el que quedaba en el bufet con una croqueta verdadera.

Robín reía, reía... Dejó en paz a la señora de Cottell y se encaró con Dickie.

—¿Verdad que ha tenido mucha gracia?

Y, como ya sabía que era una pelota, la cogió del plato y la lanzó contra la cabeza del austero servidor.

Y entonces, cuando quedó aplastada y pegada a una de las mejillas del criado, se dió cuenta, se dió cuenta de que no era la pelota, sino la croqueta lo que había arrojado a la cabeza del rígido criado.

\* \* \*

Después pasaron al jardín, donde se había preparado un castillo de fuegos artificiales.

Antes se destapó un cajón de cohete y se entabló una guerra salvaje. Los jóvenes se los arrojaban a las piernas y en pocos momentos no quedó una sola pierna sin chamuscar ni un pantalón masculino sin perforar.

Iba Robín del brazo de Maggie, hablándole de la transformación que se había operado en él aquella noche y de lo hermosa que ella estaba, cuando vió que Dickie se disponía, con un compañero, a disparar un cohete que por su tamaño semejaba un mortero del 42.

Robín, prudentemente, arrebató el petardo a Dickie.

—Eso es demasiado. Bueno está lo bueno... Volarían ustedes el jardín.

Y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón, continuando su paseo con Maggie.

—¡Qué joven me siento esta noche, encantadora Maggie!

—Me alegro, porque a mí los viejos no me gustan.

—¿Entonces... yo...?

—Tú eres un chiquillo... un chiquillo arrebatador.

—¡Oh, Maggie! Tus palabras me acarician.

Dickie había concebido inmediatamente uno de sus diabólicos planes.

Consistía la inocente broma en encender la mecha del petardo que Robín llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, para ver volar a un hombre, espectáculo inédito todavía.

Robín acababa de descubrir detrás de un mazizo a una pareja besándose.

—Ahora verás—dijo a Maggie—el susto que les damos.

Y sacó del bolsillo un diminuto e inofensivo cohete y metiendo los brazos y la cabeza en el macizo se dispuso a encenderlo para dejarlo caer al lado de la pareja.

Dickie aprovechó la coyuntura y, aplicando una cerilla a la mecha que sobresalía por el bolsillo trasero del pantalón de Robín, se llevó a Maggie a una prudente distancia, desde donde comprobaron el efecto que la explosión producía.

Un estampido formidable, una humareda tan densa y abundante como si se hubiera incendia-

do un bosque... Después el humo se desvaneció y apareció el rostro aterrado del novelista.

La trasera del pantalón y los faldones de! frac pendían hechos jirones, dejando al descubierto las prendas interiores del novelista.

Acudieron todos atraídos por el estruendo y cuando vieron la facha que hacía el novelista con su fragmentado traje las risas se oyeron desde el estrecho de Magallanes.

Felizmente, el destrozo se había limitado al traje, lo cual, por cierto, fué más terrible para Robín, que si le hubiera hecho polvo el organismo, pues al darse cuenta de lo que las desgarraduras dejaban al descubierto, pidió a Dios que la tierra se lo tragara.

Y así, con el traje hecho banderas, pasó el resto de la noche. Menos mal que la naranjada le daba ánimos para todo.

#### IV

Aquella mañana Lydia quedó estupefacta al ver la indumentaria con que el novelista se presentaba en el patio español, donde todo estaba dispuesto para el trabajo.

Llevaba una boina, una americana deportiva, con listas azules y rojas y unos pantalones de cerca de un metro de canal.

Se presentó dando saltos.

—Buenos días, Lydia — dijo alegremente y sentándose en el sillón de modo que sus piernas colgaban por encima de uno de los brazos.

—Buenos días, señor Wells—repuso Lydia,

aterrada—. Le he preparado la medicina contra el reuma.

—No se moleste en volver a preparármela. No la necesito. Estoy fuerte como un roble... Comencemos. ¿Dónde estábamos?

La secretaria leyó:

“... Y Guillermo, entre el ajetreo de...”

—Bendito ajetreo... Bien... escriba... Y Guillermo, entre el ajetreo de...

Se detuvo. A través de una de las ventanas de estilo árabe, vió a la doncella abrazada con el jardinero.

Una sonrisa condescendiente pasó por sus labios.

—Lydia: mire usted ese cuadro. ¡Qué hermoso es el amor!

—Antes no opinaba usted lo mismo.

—Antes estaba en el limbo.

—¿Continuamos?

Pero Robín no contestó. Estaba abstraído, con las manos en la nuca y contemplando la techumbre del patio.

—Me parece que no está usted para trabajar hoy, señor Wells.

—Es verdad, Lydia... Y voy a serle franco: estoy enamorado como un colegial...

Y comenzó a contar a Lydia los “deliciosos” incidentes de la noche pasada.

\* \* \*

—Maggie, he mandado coger estas fresas para que se las lleves al señor Wells. Y sé amable con él. La batalla está casi ganada.

—Eso de ser amable una parece un poco di-

fícil. Un vejestorio así no me inspira ninguna amabilidad.

—Piensa en sus millones y verás cómo te parece más joven que un estudiante.

Maggie no demostró estar muy de acuerdo con las ideas de su madre, pero ello no fué inconveniente para que cogiera el paquete de las fresas y saliera de la estancia dando saltos, seguida de su previsora madre.

Cuando Robin las vió llegar, se levantó de un salto y fué al encuentro de Maggie.

—Toma—dijo la muchacha—. Son fresas que yo misma he cogido para ti. ¿Te gustan las fresas?

—Es mi fruta favorita.

—Pruébalas y verás qué exquisitas son.

Robin se vió precisado a probarlas y aunque en seguida tuvo que rascarse en varias partes del cuerpo, presagio de las erupciones que aquella clase de fruta le producía, declaró que jamás había probado nada tan exquisito y que sería capaz de comerse una arroba de ellas.

—Vamos a dar una vuelta por el jardín—propuso Maggie.

—Recuerde, señor Wells, que es imprescindible que estos capítulos queden hoy terminados —le advirtió Lydia.

—¡Bah! Hay tiempo. Váyalo escribiendo usted misma en tanto yo aprovecho con la señorita Maggie esta deliciosa mañana.

Y se fué de la mano de la muchacha, dando saltos como ella.

La madre de Maggie aprovechó la ocasión para hacer algunas advertencias a Lydia. Quería ser franca con ella. Había de saber que cuando

el señor Wells se casara, ella habría de buscar trabajo en otra parte, pues Maggie le serviría de secretaria.

Lydia no demostró mucha aflicción al recibir las nefastas noticias, pero era lo cierto que en el fondo, la idea de que Maggie embauchara al señor Wells hasta el punto de hacerle casar con ella, la inquietaba.

Por eso cuando la señora de Cottell volvió a su casa, dejándola sola, no se sintió con fuerzas para seguir la novedad, como el señor Wells le había encargado.

\* \* \*

Entretanto, Maggie correteaba por el jardín, obligando al pobre Robin a seguirla.

Los primeros saltos y las primeras carreras los dió el novelista sin dificultad, pero a los diez minutos de semejante ajetreo, estaba que no podía con su alma.

Sin embargo, no quería pasar por el ridículo de revelar a Maggie su cansancio y comenzó a pensar que acaso le hubiera convenido enamorarse de otra mujer menos moderna y acaso también menos joven.

De pronto un obstáculo surgió en el camino de Maggie, un macizo formado por plantas que no tenían más de veinte centímetros de altura.

Maggie lo saltó fácilmente, y por si acaso Robin perdía la decisión, se volvió y le envió un beso con la mano, reanudando al punto la carrera.

Robin se vió en el caso de saltar también, y, haciendo un esfuerzo, tomó impulso. Pero sus

pies apenas lograron distanciarse un palmo del suelo, tropezaron con las espesas plantas y midió el suelo.

El batacazo fué de los que hacían época, pero Robín se levantó antes de que Maggie pudiera darse cuenta de lo ocurrido.

Después le obligó a saltar un arroyuelo, que no saltó, pues se quedó a la mitad, y al fin, cuando el desdichado galán estaba que no podía tenerse en pie y jadeaba como un asmático, le obligó con sus coqueterías a que le propusiera el matrimonio.

Realmente, Maggie, cuando se ponía mimosa era para quitarle el cánscio a cualquiera.

Robín puso el corazón en las palabras al pedirle que se casara con ella, y se sintió morir de gozo cuando oyó el anhelado sí.

Después, cuando Maggie se marchó y él volvió a la casa con paso más inseguro que si se hubiera bebido un barril de whisky, se dijo derribándose en una butaca:

—¡Qué feliz soy!

\* \* \*

En tanto Maggie y Robín daban un paseo a caballo, paseo que tenía todas las apariencias de un ataque con arma blanca, los encantadores amigos de la muchacha se presentaron en casa del novelista, acompañados de la señora de Cottell.

Fué inútil que el ama de gobierno les dijera que el señor no estaba en casa. La juvenil turbamulta penetró arrollándolo todo y apenas que-

daba mueble en pie cuando llegó el dueño de la casa, acompañado de su prometida.

Entregaron a Robín un telegrama en que la Editorial Standard le enviaba una especie de ultimátum.

La señora de Cottell, que se había acercado a husmear, preguntó:

—Algo grave?

—Los editores, que no están dispuestos a seguir esperando y, para colmo de desdichas, la secretaria se fué esta mañana de compras para no regresar en todo el día.

—No tema usted—dijo muy seria la señora de Cottell—. Maggie escribirá lo que usted le dicte. Como dactilógrafa no tiene rival.

Y arrojó a la calle a todos los amigos de Maggie y obligó a ésta a que sirviera de secretaria al novelista.

Fué un desastre. Maggie, además de escribir con un solo dedo, no pisaba ni por equivocación la tecla correspondiente.

Por ventura, apenas habían pasado diez minutos, se presentó la señora de Cottell para intentarrrumpirlas.

—Dejadlo ya. Trabajar tan seguido es malo. Mañana continuaréis.

—Eso es, mañana—exclamó Robín, viendo el cielo abierto.

También respiró Maggie, y la señora de Cottell, antes de marcharse, hizo al novelista la siguiente advertencia:

—Esta noche haremos un ensayo de la boda para que la ceremonia resulte perfecta. No se olvide usted de venir.

## V

Ya tenía Robín servida la cena cuando se dió cuenta de que Lydia no había comparecido todavía.

Preguntó a una doncella.

—¿Qué ha sido de la señorita Lydia?

—Está en su habitación. Acaba de pedirme las maletas.

—¿Las maletas?

—Sí, señor.

—¿Se va acaso de viaje?

—No sé nada, señor. Sólo sé que desea las maletas.

—Dígale usted que deseo hablar con ella.

Antes de que la doncella fuera a darle el recado, ya estaba la secretaria al pie de la escala.

Iba envuelta en un fastuoso vestido de *soirée*, no llevaba lentes.

Aturdido, sin dar crédito a sus ojos, el novelista contempló aquella figura gentilísima, de armónicas líneas que el ceñido traje acusaba; aquel pie fino; aquellos hermosos ojos cuya magnitud no disimulaban los cristales de los lentes...

En el acto se dijo Robín:

—¡Qué estúpido he sido! No he sabido ver los encantos que había en esta mujer sólo porque no ha hecho ostentación de ellos.

Aunque no se lo hubiera confesado, en aquellos últimos días de mortal ajetreo, impropio de un hombre de su edad, más de una vez ha-

bía pasado por su subconciencia la idea de que la mujer ideal sería una mezcla del cuerpo de Maggie con el espíritu de la sensata e inteligente Lydia.

Y he aquí que ahora esta fusión se le presentaba, acaso mejorada aún, en la persona de Lydia. Sí, indudablemente: Lydia, sin lentes y bien vestida y arreglada, era más bella que Maggie. Jamás hubiera podido sospechar que unos lentes, una falda larga y unas medias de algodón pudieran desfigurar tanto a una persona.

Otro elemento se sumaba a la favorable impresión que Lydia le había producido. La conocía desde hacía mucho tiempo, años enteros llevaban trabajando juntos, pasando juntos la totalidad del día. Y cuando se conoce de tiempo a una persona de las cualidades morales de Lydia no hay más remedio que sentir afecto hacia ella.

—¿Dónde va usted tan elegante? —le preguntó casi tan acobardado como cuando hablaba con Maggie.

—Me han invitado al baile del Country Club.

—¿Al baile? Ignoraba que supiera usted bailar.

—Usted ignora muchas cosas de mí —dijo Lydia con tristeza mal disimulada.

—Lydia. Quiero comunicarle a usted un secreto. Quiero desahogarme con usted. ¿Por qué no se queda a cenar conmigo?

Lydia aceptó sin vacilar y Robín, en prueba de gratitud, pidió champaña.

En seguida se estableció el diálogo.

—Lydia, dígame; ¿por qué ha pedido usted las maletas?

—Para arreglarlas; para prepararme a marchar. Se casará usted muy pronto y la señora de Cottell me dió el pasaporte cuando usted no era todavía el prometido de Maggie.

—La boda... la boda...—repitió Robín tristemente. El caso es, amiga mía, que he comprendido que Maggie no es mujer para mí, que no seré dichoso si me caso con ella. Cuando estoy a su lado, me olvido de todo: una mujer linda y coqueta, conduce fácilmente a un hombre a estos grandes errores del corazón. Despues, al regresar a casa con el traje destrozado, empapado hasta los huesos, extenuado, he ido volviendo a la realidad. No sólo creo que entre el carácter de Maggie y el mío no puede haber armonía, sino que no la amo.

—¿Y qué piensa usted hacer? — preguntó Lydia muy interesada.

—No sé. Pero puedo asegurarle que no me caso.

—Pero...

—No quiero pensar en "peros". ¡No me caso y no me caso! ¿No comprende usted que debo evitar esta boda por encima de todo? Con Maggie sería profundamente desdichado. Yo necesito una mujer comprensiva, una mujer dulce, apacible, cariñosa, inteligente; una mujer...

Se inclinó hacia Lydia, la miró fijamente a los ojos y terminó la frase:

—Una mujer... como usted.

Y añadió en seguida, respondiendo a un gesto de la secretaria:

—No me diga usted que le parece demasiado

rápida mi resolución. Rápida fué también la que me comprometió con Maggie. Además, mi amor hacia usted, descansa en un afecto de años. Estoy convencido de que la he amado siempre como la amo ahora. Para que me enterase sólo hacia falta que viese en usted la mujer y no la secretaria... Y la mujer acabo de verla. Por eso he visto también mi amor.



*—De siempre — repuso Lydia.*

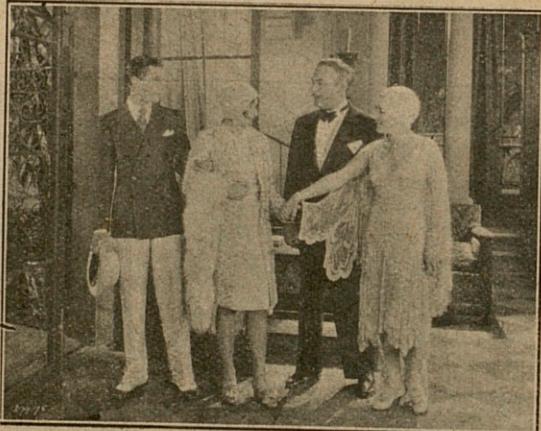
Lydia le miraba fijamente. La emoción le impedía hablar.

—Yo también... yo también—balbuceó al fin—deseaba este momento... Por eso me he vestido así, sólo por eso.

—¿Entonces...—preguntó Robín lleno de júbilo—me amas?

—De siempre—repuso Lydia.

Y el diálogo terminó en un abrazo, no arrebatado y loco como los de Maggie, sino sereno y firme, largo y dulce, de los que hablan de amor hondo, seguro, sincero.



*Las dos mujeres, comprendiéndose, se estrecharon la mano.*

\* \* \*

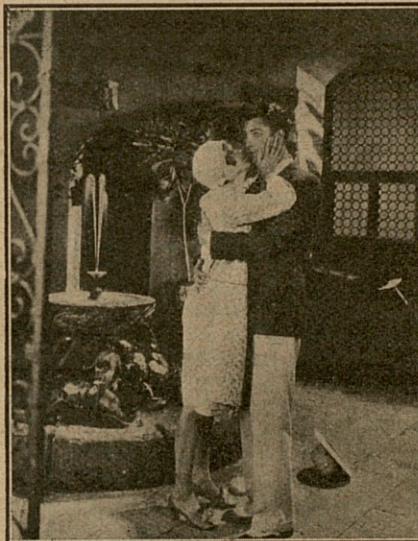
Se abrió la puerta de súbito, y aparecieron Maggie y Dickie cogidos del brazo.

Lydia y Robín se sobresaltaron, presintiendo un temporal, pero he aquí que Maggie dijo señalando a su acompañante:

—Tengo el sentimiento de presentarles a mi

esposo. Y digo "sentimiento", Robín, porque sé el dolor que esto ha de causarte.

Robín fué a lanzar una exclamación de alegría, pero pudo contenerse.



*... y cogiendo arrebatadamente la cabeza de Dickie con ambas manos...*

—Es verdad, me has partido el corazón.

Lydia, sonriente, intervino:

—Pero no se preocupe usted mucho, Maggie.

Yo haré que Robín la perdone.

—Gracias, amiga mía.

Las dos mujeres, comprendiéndose, se estrecharon la mano.

Los hombres cambiaron un saludo.

La puerta quedó sin cerrar y por ella vieron como la joven pareja se alejaba hacia la verja.

Maggie se detuvo de pronto y, cogiendo arrebatabamente la cabeza de Dickie con ambas manos, le cubrió el rostro de besos.

Lydia y Robín se miraron.

—¿Qué te parece, Lydia?

—Muy bien, Robín.

Y entonces cogió Robín con ambas manos el rostro de Lydia y se lo cubrió de besos.

F i n

### Coleccione usted las fotografías

de las mejores artistas de la pantalla en sugestivas «poses», que regala, con cada ejemplar,

### La Novela Frívola Cinematográfica

Sugestivos asuntos. Lectura amena y optimista.

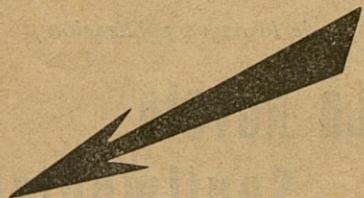
Precio: 30 cts.

Léala y será un admirador más

Le interesa  
30 cts.

**La Novela de la Modistilla**

### Recuerde estos títulos:



**Cristina, la holandesita**

Y

**¡Viva Madrid,  
que es mi pueblo!**

que aparecerán en breve en las selectas **Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica.**

**Gran éxito**

*de la nueva publicación*

# La Novela Sentimental

*Bellísima colección de asuntos que  
cautivarán al lector.*

*Inmejorable presentación.*

*Colaboradores de calidad.*

*Portadas formadas con las mejo-  
res fotografías de las «estrellas»  
del cine.*

*Novedad insuperable, como de*

**Ediciones BISTAGNE**

*que no tiene rival en la presenta-  
ción de sus publicaciones.*

**Precio: 30 céntimos**

De interés para todos, especialmente para los padres

**Ediciones BISTAGNE**

ha puesto a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

## **El Cuento Selección**

Su precio será de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

**El mejor cuento del hogar!**

**15 céntimos!**